

# Como Romeo y Julieta

Francisco José Stevan

Image not found.

# Capítulo 1

## *Como Romeo y Julieta*

En la penumbra de la habitación, el eco producido por el chocar de los dedos contra las teclas del teclado era lo único que se podía percibir con claridad. La luz que producía la pantalla de la vieja computadora iluminaba el rostro de ese joven que parecía tan demacrado a pesar de su edad. Tenía unas ojeras enormes, el pelo negro completamente despeinado y un aspecto sucio y depresivo. Se hubiera dejado la barba si pudiera, mas no tenía ni un pelo que lucir aún. Se esforzaba por no llorar, pero no podía; las lágrimas lo dominaban en cuestión de minutos y así durante toda la noche.

Tenía apenas catorce años, pero se sentía un miserable viejo de sesenta. Solo, sin nadie sincero, completamente aislado de la sociedad de la que en algún momento fue miembro. ¿Aislado voluntario? Para nada, se sentía miserable, ¿por qué lo habían elegido a él como el blanco preferido de todas las bromas? Ya no lo soportaba, incluso sus amigos online lo habían abandonado tras haberse vuelto tan negativo. ¿Qué podía hacer para colmar esta sensación de desesperación? ¿Cómo podía hacer verdaderos amigos si, los que anteriormente consideraba tal, lo evitaban?

De pequeño no había sufrido del bullying escolar, así que... ¿por qué ahora? ¿Lo querían llevar al límite de su resistencia mental? ¿Querían que se matara? ¿Acaso sería como un experimento al que evalúan para comprobar sus estadísticas físicas y mentales? Se sentía miserable y no encontraba razón justa para sufrir tanto. ¿El karma? ¿Qué podría haber hecho para merecer esto? Había sido amable y blando toda su vida, toda su corta vida. ¿Había por allí un Dios vengativo que quería hacerlo pagar por los errores de una vida pasada? ¿Sería eso? Le parecía tan estúpido.

Recordaba cuando, en su infancia, era alegre y sonriente. Era risueño ante toda situación que captaba su interés, como todo niño curioso. Qué tiempos más perfectos habían sido esos... qué envidiables.

En la red había encontrado este servicio de chats anónimos. Le era tan eficiente y efectivo, nadie sabría quién era en realidad, no necesitaba de dar a conocer su facebook, ni ningún tipo de dato indispensable para identificarse. Podía ser cualquiera. Se autodenominó Romeo, por el fanatismo que sentía por Shakespeare y su indudable romanticismo, pues, aún, no había perdido esperanza alguna de enamorarse y poder tener una relación amorosa. Obviamente, el nickname Romeo no estaba hábil, pero pudo encontrar varias variaciones de su agrado, por lo que pronto tuvo un nickname de su completo gusto.

Luego de varias horas, cuando encontró a ese individuo con el nickname de Julieta (y otros signos más), jamás se le ocurrió que encontraría a su alma gemela.

En otra habitación, la cual, como la anterior, se encontraba a oscuras estaba sentada en su silla una muchacha preciosa, de atentos ojos perlados de un azul pálido y un cabello rojo como la sangre, su piel blanca como el hielo le daba el toque final a su parecido a una muñeca en perfectas condiciones y de gran estética. Tenía quince años y era una genio tanto en estudios como deportes. Podía hacer cualquier cosa, salvo socializar y eso la había llevado a arruinar su vida por completo.

Sus ex-novios la consideraban una zorra que se dejaba hacer cualquier cosa, pero, lo cierto, es que ella se sentía una muñeca de trapo, pues interiormente no había consentido todo lo que luego le había hecho impactar contra esa realidad de la que no podía escapar. Odiaba el sexo, mas deseaba encontrar a un hombre ideal, un hombre que la cuidara y la protegiera... todos, al comienzo, le habían ofrecido eso de distintas formas y ella, inocente y estúpida, lo creyó una vez, lo creyó dos veces, lo creyó tres veces, muchas veces. Se había arruinado toda esperanza sobre poder prosperar en el amor y, algún día, tener un buen esposo. Era una genio y seguramente no necesitaría de un hombre que la mantuviera, pero toda niña crece idealizando un príncipe azul y a ella ya no le alcanzaban los colores; su príncipe azul, su príncipe rojo, su príncipe blanco, su príncipe verde, todos le habían fallado.

Ya hacían tres semanas que había encontrado ese chat anónimo en el que se había autodenominado Julieta (y unos cuantos signos más) y había explorado interpretar diferentes personas, más conocer a otras que seguramente harían lo mismo. Era el perfecto escondite, pues, era claro que la mayoría de los usuarios o eran pervertidos que buscaban alguna niña a través de mentiras, o eran gente como ella, que habían sufrido del odio de la gente, de la crueldad de la realidad misma. Quería detener ese murmullo y esos rumores, aunque ciertamente verdaderos, sobre ella. No quería ser una zorra, solo quería ser ella, la soñadora y risueña Julieta que había sido hasta que comenzó con todo ese infierno de sangre y sudor.

Cuando se encontró en la lista de usuarios a ese Romeo (más el resto de los signos que componían su nickname), se decidió a jugar un poco y, tras establecer la petición (y aceptación del mismo Romeo) para entablar una conversación privada, le escribió:

**Julieta** (y lo que sigue) [x pm dx/mx/ax] dice:

*“¡Oh, Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú Romeo? Niega a tu padre y rehúsa tu nombre; o, si no quieres, júrame tan solo que me amas y dejaré yo de*

*ser una Capuleto."*

**Romeo** (más lo que sea) [x pm dx/mx/ax] dice:

*"Si de tu palabra me apodero, llámame tu amante, y creeré que me he bautizado de nuevo y que he perdido el nombre de Romeo."*

**Julieta** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

"Jajaja, ¿te gusta Shakespeare?"

**Romeo** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

"Me encanta."

*"Romeo y Julieta es una obra de la puta madre."*

"¿Supiste vos la frase o la copiaste de algún lado?"

**Julieta** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

"¿No te parece que, si no fuera una conocedora de la obra, hubiera puesto esa frase boluda de *"Romeo, Romeo, ¿dónde estás que no te veo?"*?"

**Romeo** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

"LOL, tenes razón."

"¿Te gusta alguna otra obra de nuestro querido autor (puesto que estamos usando los nombres de sus personajes más canónicos)?"

La conversación siguió por horas, en la que ambos jóvenes intercambiaron palabras de comicidad sobre las maravillosas obras de *Hamlet*, *La Tempestad* y, por supuesto, *Romeo y Julieta*. Su amistad se entabló sencilla y continuaría, puesto que arreglarían volver a hablarse día tras día.

Esa noche, esos dos infelices que se sentían castigados por la sociedad se retiraron a dormir bien entrada la noche, con una sonrisa en el rostro por la risa que había sido fruto de tantos disparates. Julieta se durmió pensando en un Romeo que la rescataría de su torre imaginaria y, por supuesto, Romeo se imaginó de quién se trataría tal Julieta.

Al día siguiente, Romeo asistió al colegio prácticamente bostezando y en un gran estado de somnolencia. Ignoró los insultos y las burlas cotidianas, y se dejó maltratar y empujar un rato sin decir más palabra que unas cuantas súplicas actuadas. Lo único en lo que podía pensar era en si ese día volvería a hablar con Julieta, esa Julieta de sus sueños, la cual se

imaginaba como una muñeca de porcelana y una poetiza de gran nobleza. Sin embargo, sabía que era imposible que fuera realmente bella, debería ser una "normalucha"... esperaba que fuera una "normalucha" antes que sea un espantapájaros. Sentía cierto desgano por la fealdad y más por todo lo que vivió. ¿Acaso no se merecía una novia digna de producir envidia?

Sacando eso a un lado, su mente iba en recuerdo de todas esas frases que lo habían hecho reír tanto. Ambos eran fanáticos de Shakespeare y no había nada más divertido que estar en un estado de comicidad sobre algo que es del agrado de ambas partes. Cómo deseaba repetirlo.

El tiempo pasó lento, pues, cuando uno desea que se dé el paso instantáneo, este se detiene unos minutos en el paso de cada segundo. Era irritante, mas, en algún momento, regresó a su hogar tras la salida del colegio. No se detuvo ni un segundo, sabía que lo humillarían de alguna forma si se dejaba atrapar, por lo que, como un rayo, llegó a su casa demasiado rápido, tan rápido que no parecía que el tiempo hubiese sido lento hasta entonces. ¡Qué impotencia!

Una vez, llegó hasta su habitación, trabó la puerta con el cerrojo y encendió la computadora. Se sentó en su amada silla reclinable de cuero (único regalo de sus padres que había sido digno de su injusta vida) y se alegró, al conectarse en el chat, por recibir, instantáneamente, una invitación privada para con su soñada Julieta.

Cuando la esbelta muchacha se despertó de sus sueños, miro al techo con sus ávidos ojos preguntándose si sería idiota al pensar que tal vez encontró a su destinado Apolo. No podía imaginarlo como un hombre perfecto, pocos hombres eran apuestos y navegaban tanto para inmiscuirse en la poesía de Shakespeare. Era cosa de lógica, ese muchacho, al cual le había preguntado su edad por la emoción del encuentro virtual, no debía tener ni una pizca de lindo, mas podía fantasear un poco con ello. Todo el mundo tenía sus defectos y ella no rechazaría a un hombre que pudiera hacerla finalmente feliz. Eso había dicho siempre y, cuando recordó todas esas pesadillas sudorosas y violentas, se hizo un ovillo con la sábana de fina seda de su cama de dos plazas.

Se levantó y se duchó; se arregló poco y nada de maquillaje cubrió su rostro, ¿para qué? No tenía a nadie a quién impresionar y, si se arreglaba aún más, sería el objeto de insulto público de tanto chicas como chicos. Pero, por supuesto, ella ignoraría todo. Sería fría, actuaría como una profesional en su escenario favorito, aunque no sería Julieta... ella no tenía nada de Julieta.

Al desayunar en la mesa familiar, sus padres solo cruzaron una mirada con ella, mas no le dirigieron palabra. La muchacha tenía que prepararse

sus propios alimentos, limpiar lo que usara y todo, todo por su cuenta. Sus padres estaban demasiado al tanto de su vida. ¿Pero qué podía hacer ella? Julieta era una miserable víctima de una sociedad de la que nunca se sintió parte. ¿Eso sería justificativo suficiente para todo lo que hicieron con su cuerpo? Ella no negó nada y, ahora, debía sufrir las consecuencias. ¡Qué infeliz se sentía! Como una injusta víctima de una violación y un embarazo del criminal, pero... ni había sido violada (sumado a la cantidad de muchachos con los que actuó de muñeca inflable), ni estaba embarazada. Nadie podría asumir la responsabilidad de lo sucedido, nadie más que ella. Y ella estaba desesperada por ello.

Se fue, sin ni siquiera murmurar una palabra, al colegio al que solo asistía por obligación a con sus padres. Para llegar, el transporte era vital, pues era imposible llegar a pie. Se subió a un colectivo (el único medio de transporte que le convenía para tal viaje) y, como todos los días, sintió, mientras pasaba por el pasillo de este, como todas las miradas masculinas se clavaban en su culo. Estaba acostumbrada, ¿cómo no estarlo? Aunque, estaba segura que jamás se dejaría de sentir asqueada por dicha sensación. No quería excitar a nadie... es más, ideseaba no excitar a nadie más! Solo el príncipe que algún día la rescataría, el que esperaba fuera el susodicho Romeo, debería desearla... desearla por amor y un deseo sano, lleno de expectativas y un deseo paternal que ella compartiría. ¿Pero no eran esos solo sueños?

Llegó al colegio y, a diferencia que con el transporte anteriormente nombrado, lo que sintió fueron dagas clavándose en su espalda. Murmullos y miradas la siguieron, pero no con deseos carnales de los que uno consideraría de algún modo gustoso, sino de esas miradas que inspiran una necesidad de sangre por venganza o una bronca justificada. Julieta absorbió toda esa ira y la procesó en su contra sin ni siquiera levantar la mirada del suelo. Su paso era lento y su espalda encorvada, clara evidencia de su depresiva aceptación de todas las porquerías que de ella se decían.

El día fue largo... tal vez demasiado. Su deseo para liberarse y conocer más a Romeo era lo único que perduró durante toda esa extenuante mañana. Era una genio, ¿qué necesidad había de que fuera al colegio? ¿Por qué sus padres no le permitieron dar esos exámenes de nivelación para capacitarla para ir directo a la universidad y estudiar lo que ella gustase? No era necesario ser mayor de edad para ello. Aunque, obviamente, la universidad tendría un público masculino mucho peor que el de un ridículo colegio secundario.

El viaje de vuelta fue tan crítico como el de ida, pero su espíritu se reavivó mientras se imaginaba todos los temas a tratar con su soñado y nuevo compañero de chat, nombrado como Romeo. ¿Cómo no pensar que aquel Romeo era un hombre digno de la poca de esperanza que le quedaba al ser amante de las apasionantes obras del poeta británico? ¡Eso ya sumaba

demasiado! Pero... tantos habían tenido puntos a favor y todos le habían fallado. ¿Sería verdad lo que el muchacho le había confirmado? Si resultaba tener catorce años... las esperanzas serían justificadas, aunque... ¿debería creer en él?

Llegó a su casa y lo primero que hizo fue encender el moderno y actualizado ordenador. Espero unos minutos y, tras el rápido encendido e inicio de todos los procesos, se conectó en el chat. No lo encontró conectado al instante, pero, al cabo de unos minutos, lo vio logear. Solicitó el iniciar un chat privado sin esperar y, con una sonrisa, vio como este aceptó.

**Julieta** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

*"¡Ay de mí!"*

**Romeo** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

*"¡Habló! Vuelvo a sentir su voz. ¡Ángel de amores que en medio de la noche te me apareces!"*

"Aunque no es de noche..."

"Y lo que sigue ya lo interpretamos jaja"

**Julieta** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

"Jajaja, es cierto."

"Pero creía que esta parte quedaba bien con el momento."

"Por cierto, ¿cómo está mi Romeo?"

**Romeo** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

"Ah, ¿desde cuándo soy TU Romeo?"

**Julieta** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

"Así como yo soy Julieta, tú eres Romeo. Toda Julieta debería tener un Romeo para sí misma."

**Romeo** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

"Qué original..."

"¿No te parece que se llenaría de pancartas e invitaciones de "Romeo y

Julieta" si eso fuera así?"

"Además, no creo que haya tantos Romeos como Julietas jaja"

**Julieta** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

"Ciertamente..."

Era verdad. Si Julieta representaba a todas esas muchachas soñadoras y esperanzadas de un amor sin fronteras, verdadero, puro y honesto; y Romeo a todos los caballeros que de ese amor son partidarios, todos esos hombres que son verdaderos soñadores y poetas de corazón. No había tanto Romeo como Julieta. ¿Pero era ese Romeo un verdadero Romeo? ¿No sería ese concepto nada más que un sueño? ¿Realmente existían los verdaderos Romeo y Julieta?

Como la vez anterior, la conversación prosiguió en el curso de las horas. Ambos chatearon hasta que la noche llegó y cada uno cenó, aunque, luego, prosiguieron sin ninguna demora. Todo el día, reavivaron esa llama de ensoñación y placer como cuando un romántico lee al mismísimo Shakespeare y, ellos, como el dúo de Romeo y Julieta, interpretaron sus papeles a través de la red.

¿Ensoñación y enamoramiento? Eran estados que ninguno de los dos podía evitar. El conocerse mutuamente, a pesar de estar simplemente conectados a través de un sistema de cables y señales, era un sueño hecho realidad. Una interpretación de una obra de Shakespeare que no fue escrita, más parecido a un remake del canónico romance imposible solo que con dos románticos que se equivocaron de tiempo. ¿Público? La vida misma, esa vida injusta de la cual querían vengarse y desquitarse. ¿Serían felices? Ni ellos mismos lo confirmaban, es más, lo dudaban.

Una semana siguió, mientras ambos repetían el mismo libreto.

**Julieta** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

"Romeo..."

"Mi Romeo, ¿de dónde eres?"

**Romeo** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

"..."

"De xC, en xP."

“¿Demasiado lejos?”

**Julieta** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

“¡Me jodes!”

“Para nada, estamos re cerca... ¿estás cerca de xN, no?”

**Romeo** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

“¡Sí!”

“Lpm, ¿dónde vivís vos?”

“Tenes que pasarme ya tu cel., tenemos que arreglar”

**Julieta** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

“...”

“¿Un encuentro?”

“Vivo sobre xA, en xC”

**Romeo** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

“... ¿Por qué no?”

**Julieta** (...) [x pm dx/mx/ax] dice:

“... está bien, este es mi número: (0x) 15-xxxx-xxxx”

“Llámame y arreglamos”

Desbordaba por el miedo de saber con qué podría sorprenderse al recibir la propuesta llamada, agarró el celular y, tras ver la contestación del muchacho (asegurando que la llamaría), corrió rápidamente hasta su cama. Se abrazó las piernas con uno de sus brazos y se envolvió con la manta. Abrió el celular y esperó impaciente el timbre del teléfono, que sonó rápidamente.

—Hola —murmuró nerviosa al aparato.

Romeo se quedó boquiabierto al escuchar la voz suave y melodiosa que le había recibido del otro lado del auricular. ¿Era realmente la misma Julieta con la que había estado hablando? ¿No sería una trampa? ¿No sería otra

persona usando algún aparato para cambiar su voz? ¿Qué debía hacer?

—Ah —recordó tras unos segundos sin emitir palabra alguna—, hola...

La muchacha recibió entonces la voz que tanto aguardaba escuchar. Era claramente un muchacho, ¿o había escuchado mal? Su voz era suave, a pesar de ser masculina. Le temblaba la voz y, a pesar de eso, era clara y sonaba algo seca. ¿Tendría la garganta seca o sería su voz así? No sabía decirlo. Tendría que comprobarlo al mantener el curso de esa conversación que parecía ser más lenta que la de un chat.

—¿Te quedaste sin palabras? —Le preguntó aparentando estar risueña—. ¡Y eso que todavía no me viste! —Bromeó sin esperar respuesta.

—Ja-ja, qué graciosa. Es bueno eliminar todas las dudas —soltó como aquel que se relaja después de dar un examen.

—Lo sé... —Le sinceró—. Perdón por desconfiar de ti.

—Digo lo mismo —le sonrió al teléfono y, al darse cuenta, hizo una mueca por sentirse tan estúpido.

—¿Qué fue eso? —Le inquirió, curiosa, al notar que él también estaría sonriendo—. ¿Le sonreíste al celular?

—... ¿Acaso me estás espiando? —Rió.

—Por supuesto, tengo cámaras por toda tu habitación —le siguió la corriente.

—¡Y cómo estamos con los chistes! No pareces la misma que me hablaba por la pc.

—Tal vez no lo sea, desconfiado. No sé, pienso que puedo confiar en ti ahora.

Romeo se quedó mudo por unos segundos y pronto retomó, aunque la conversación telefónica sería de durar. Finalmente, arreglaron un encuentro.

El sol brillaba en lo alto y eso realmente le molestaba. El muchacho se sentía fuera de lugar utilizando esas ropas que él había pensado como las adecuadas, pero, como un aislado de la sociedad, uno tiene una tendencia a cometer errores en la vestimenta. Sin embargo, eso no importaba, ya que, lógicamente, iba bien con su forma de ser y apariencia. Se sentía fuera de lugar, sí, pero, a fin de cuentas, eso sucedería en todo lugar.

Demasiada gente caminaba por la avenida X, tanta que no sabía cómo la localizaría. El sol le resultaba molesto para sus ojos, acostumbrados a la penumbra cotidiana de su habitación, y un sinfín de personas lo mareaban mientras intentaba buscar a su Julieta. ¿Su Julieta? Ya se le había hecho una costumbre, puesto que él era El Romeo de esa Julieta que lo había vuelto loco con su afán de poetiza y romántica. Y, como toda Julieta, le pertenecía a Romeo. Ella era suya y él era de ella.

Pero... ¿dónde estaría? La única pista que le había dado, era que estaría en esa calle y que su cabello era más rojo que el fuego. ¿Más rojo que el fuego? ¿Era eso posible? Seguramente fuera teñida, mas su forma de ser no le indicaba que esto fuera posible. ¿Sería realmente una pelirroja? ¡Sería tan alucinante! ¿Sería linda? Sabía que eso era prácticamente imposible, pero todas las pelirrojas resultaban de algún modo bonitas o, a su vista, exóticas.

Llegó al lugar citado y se sorprendió al ver, como si sus ojos fueran un imán que es atraído por esa visión, a una hermosa muchacha pálida, con cabellos color sangre y unos hermosos ojos azules que, al verlo, fueron como dos balas que lo atravesaron. ¿Era ella Julieta? No tenía palabras y tampoco podía moverse. Se quedó paralizado. ¿Esa hermosa muchacha era Julieta? Era imposible... era imposible... No sabía qué hacer, no sabía qué decir, no sabía cómo acercarse a esa hermosa dama y decirle que era su Romeo. Pero ella lo intuyó todo y, sonriendo, se acercó a él.

Miradas lujuriosas, miradas provocativas, miradas de recelo, no podía encontrar otras miradas más que esas. Únicamente los niños podían darle una mirada de bondad, inocencia e incluso admiración. Al pasar con su madre, un niño se le había quedado mirando y ella se limitó a sonreírle. Todavía no era uno de esos hombres que le arruinaría la vida a una novia, todavía era inocente, un joven e inocente niño que había pensado que ella era deslumbrante, o algo por el estilo. ¿Podía negar ahora que era suficientemente linda para ser el deseo de todos los hombres y la envidia de todas las mujeres? No podía ser más humilde en eso. Si lo era, sería su fin.

Sin embargo, no por ser y aceptar ser bonita no le daría una oportunidad a una persona diferente a ella. Una persona fea, de un mundo opuesto, aunque paralelo, sería aceptado si fuese el correcto. Sabía que Romeo no sería un don Juan, ni mucho menos un bonito muchacho con una sonrisa seductora. Esperaba algo extraño, algo que, tal vez, le diera la imagen de único. ¿Sería, al menos, eso posible?

Tras el paso de los minutos, quedó atenta a todo, mas no dejó de evitar cruzar miradas con gente indeseada (llámese hombres o mujeres con una fuerte noción de la estética). Finalmente, lo encontró. Debía ser él, ese muchacho vestido entre negro y blanco, para nada arreglado, aunque indescriptiblemente destacable para sus ojos. Se le quedó mirando, él a

ella, ella a él. Él sabía que era ella, estaba segura, pero seguramente había sido una sorpresa que fuera realmente ella.

Su tez blanquecina y sus ojeras le daban un aspecto macabro, mas, para alguien que sufrió tanto como ella, sabía que esos eran símbolos de sabiduría y experiencia en la soledad. ¿Cómo lo sabía? Porque ella era igual, a pesar de que ella daba una imagen completamente distinta.

Su Romeo (sí, suyo y de nadie más) estaba paralizado mientras sus miradas se encontraban. Ella le sonrió, era mucho más lindo que lo que se había arriesgado a imaginar y aceptar. No podía resultar mejor.

Sabía que podría amarlo, que podría amarlo y protegerlo, cuidarlo, abrazarlo y convertir todas sus desdichas en una sonrisa. Juntos podrían hacer cualquier cosa. Nadie lo podría evitar. Él era suyo y ella era de él.

—*¿Y quién eres tú que, en medio de las sombras de la noche, vienes a sorprender mis secretos?* —Su voz sonó fuerte y melodiosa, digna de la Julieta del mismo Shakespeare, tanto que más de una persona en la calle se sorprendió.

Él sonrió y logró acercarse, libre de la parálisis de la conmoción y, ahora, seguro de sí mismo.

—*No sé de cierto mi nombre, porque tú aborreces ese nombre, amada mía* —el muchacho hacía un gran esfuerzo para mantener su voz alta y al nivel de Julieta—, *y si yo pudiera, lo arrancarías de mi pecho.*

—*Pocas palabras son las que aún he oído de esa boca y, sin embargo, te reconozco* —la pelirroja le sonreía al pelinegro mientras estaba cada vez más cerca y la muchedumbre se giraba extraña ante su acto—. *¿No eres Romeo?*

—*¡Al diablo con Shakespeare!* —Exclamó entonces en un arrebato y, sin perder un segundo, la abrazó—. *Sí, yo soy Romeo, tu Romeo. Por siempre tu Romeo.*

—*Mi dulce Romeo...* —soltó antes de dejarse invadir por la presión de las lágrimas, emocionada.

Las lágrimas surcaron las mejillas de ambos, mientras el abrazo daba lugar a un tibio beso. Sin soltarse, sin dejar de apretarse, el amor era imparable.

Agarrados de la mano, trató de guiar a su bella dama entre la marea de bestias humanas. Estaba feliz, brillante, una sonrisa de lado a lado adornaba su rostro mientras que la muchacha, a su lado, estaba en ese mismo estado de ensoñación. ¿Era aquello real? No se conocían por más

de dos semanas, pero... como en Romeo y Julieta, el amor había sido instantáneo. Él era el Romeo de esa hermosa Julieta de piel blanca como la nieve y pelos como la sangre. Era tan hermosa, tan bella... sus dos ojos, como perlas, brillaban sin cesar mientras él la adoraba. La atesoraba en su mente sin perder un segundo, mas no se dejaba perder en aquella cuadra tan poblada como la anterior. El centro era un desastre.

Llegaron a esa plaza tan perfecta, tan deslumbrante, en la que, en cuestión de una hora, se divertieron hasta el cansancio. Se divertieron tanto hasta que... ¿Qué hacían ellos allí? Sus viejos amigos, esos matones que ahora lo molestaban todo el tiempo. Y, para su horror, lo reconocieron. Esos malditos lo reconocieron y, asombrados por la muchacha que lo acompañaba, por su amada Julieta, no perdieron oportunidad de mirarla de arriba abajo, completamente.

—¡Eh, x! —Lo llamó el "líder" de la banda—. ¡Nos hubieras dicho que estarías por acá! ¡Y mira la compañía que tenes, boludo! ¿De dónde la sacaste?

Se quedó helado... ¿qué sucedería? ¿Qué harían con él? ¿Qué harían con ella? ¿Lo dejarían tranquilo? ¿Qué mierda estaba sucediendo?

—Sí, bueno... —balbuceó cuando se convirtieron en presas de un cerco humano formado por sus grandes cuerpos—. Ella es... es... amiga. Sí, una amiga —dijo soltando su mano rápidamente, por miedo a que hicieran algo con ella.

Julieta, reconociendo el terror de su Romeo, asintió e hizo como si no hubiera sido nada el haber estado caminando de la mano junto a él.

—¡Pero no me mientas, chabón! ¡Los vi agarrados de la mano! ¿O no, muchachos? ¿Acaso no los vimos agarrados de la mano, con una sonrisa de lado a lado? —Su voz sonaba casi a gritos, mientras alentaba a su grupo a que siguiera el curso que él había tomado—. ¿O me vas a decir que esta —señaló a Julieta— es una cualquiera que se agarra de la mano con cualquiera? ¡Bah! Conociéndote... ¡Debe ser una cualquiera! —Soltó a carcajadas, mientras toda su pandilla le hacía de coro.

Romeo, en pánico, miro a su enamorada con desesperación, pero esta ni se había inmutado. Conservaba la frialdad con la que había actuado desde que los vio venir, mas presentaba cierta preocupación por el muchacho, el cual había recibido un par de golpes poco amistosos en cuestión de segundos.

—No te preocupes, boludo. ¡No te preocupes! No te vamos a hacer nada, a menos que la señorita no esté disponible para divertirse con nosotros, por supuesto —sorprendió entonces a todos—. ¿Qué dices, bonita? ¿Dejarías a este pete para pasar un buen rato? Te aseguro que la pasarás

muy bien —propuso sin rodeos, guiñándole un ojo a la muchacha.

—...¿qué estás...? —Romeo, agarrado del cuello por uno de sus secuaces, no sabía qué hacer, mas Julieta lo interrumpió.

—¿Y, si me niego, qué le harás? —Con la voz calma, como si nada estuviera sucediendo, más una gota ácida que acentuaba una frialdad absoluta.

—Hacerlo mierda es poco —rió mientras se acercaba y se ponía a pocos centímetros del rostro de la chica.

La pareja de enamorados se miró entre sí. Él se sentía impotente, ¿qué podía hacer? Deseaba sacrificarse antes de dejar que su amor fuera abusado por esa banda de simios, pero tenía miedo. Mucho miedo. Sin embargo, ella no tenía ni una pizca de este y acarició con ternura su rostro.

—Volvé a casa, te llamaré en unas horas... —Le sonrió, pero fue una sonrisa triste, sin sentimiento alguno.

Romeo se quedó congelado. ¿Qué estaba diciendo? ¿Por su bien se dejaría abusar? ¿Se dejaría tocar, se dejaría violar, se dejaría... solo por él? Unas lágrimas se le escaparon de sus ojos, mientras ella estaba aún a su lado.

—No... —Gritó tratando de separarse del agarre del calamar humano que lo sujetaba, pero recibió un golpe por parte de otro de los mastodontes y se detuvo—. No... no, no, no... Por favor, no.

—Ya cállate, pendejo —volvió a hablar el líder, tras reír por largo rato, y, agarrando a Julieta del brazo, le dio un golpe en el rostro al joven desesperado—. Ya cállate. Suéltelo y que se arregle. La novia ya habló... tenemos que ser hombres de palabras y cumplir con lo que dijimos. El pobre maricón tendría que ver cómo le cojemos a la novia, pero hay que ser buenos —rió en una estruendosa carcajada, mientras le daba un beso en la mejilla a la pelirroja y hacía que todos lo siguieran.

Romeo terminó en el suelo, en el suelo, llorando y golpeado. ¿Por qué? ¿Por qué había sucedido eso? ¿Por qué? No había consolación alguna para el quebrado muchacho que no podía detener su llanto. Su Julieta estaba siendo llevada para ser devorada por una jauría de lobos... ¿por qué? ¿Por qué aceptó sin más? ¿Por qué, por su bien, aceptó con tanta frialdad aquello? ¿Acaso...? Le resultaba tan obvio que la muchacha ya debía tener experiencias sexuales, mas una gota de sudor frío recorrió su espalda y le sacudió hasta los huesos. No le importaba que no fuera pura, no le importaba para nada... pero, ¿por qué tenía que hacer esto por él? ¿Por

qué? ¿Por qué? ¡¿Por qué?!

Había sido, nuevamente, una muñeca de trapo, una muñeca inflable y, para colmo, esta vez de una bandada entera de buitres. Estaba sucia, toda sudorosa y tenía residuos en lugares que antes ni se le había ocurrido examinar. ¡Tanto se habían divertido con su cuerpo! ¡Tanto! Las lágrimas cruzaron su rostro tan pronto como se encontró sola, libre de la presencia de esas bestias que arruinaron el momento perfecto con el Romeo de su vida.

Nunca antes se había sentido tan sucia, tan masacrada. ¿Por qué tenía que repetirse esto ahora? Y lo más triste de todo es que esta vez había sido diferente, se había entregado como una vaca al matadero. ¿Por qué tenía que haber sido así? ¿Qué podía hacer más que llorar?

Al día siguiente, Romeo se quedó en cama todo el día, nunca más depresivo. Julieta había insistido llamándolo desde la noche anterior. Sin falta, había recibido más de diez llamadas y no había atendido ninguna. Estaba destrozado.

Tardó horas en recapacitar y, presa aún de la desesperación, aceptó reencontrarse con Julieta en un lugar poco concurrido cerca de su hogar en el plazo de una hora. ¿Por qué debería hacerlo después de lo que le hizo hacer por él? ¿Por qué debería ver su rostro de nuevo tras haber sido manchado por tal horrenda visión que habitaba en su mente?

No se arregló, aunque se limpió levemente el rostro. No dijo ni una palabra a nadie y, agarrotado, luchó contra el viento que chocaba contra su cuerpo para impedirle el paso. Ganó y siguió, a pesar de que sentía que había perdido, había perdido una batalla con su subconsciente. No podría mejorar.

Y, nuevamente, la encontró. Bella y deslumbrante, pero, esta vez, la mirada que le dirigió estaba llena de melancolía y agobio.

La tarde prosiguió su curso mientras ambos se sentaron a la sombra de un árbol. Lentamente, Julieta se animó a contarle cada retazo de su vida al joven Romeo, mientras las lágrimas desbordaban los ojos de ambos. Con las manos agarradas, sujetas como eslabones de una cadena, vivieron la vida del otro y, lentamente, se entendieron por completo.

No guardaron ningún secreto para sí y no sintieron ningún remordimiento al respecto. ¿Cómo no sentirse perturbados por saber los sucesos más espeluznantes y desagradables en la vida del ser amado? Eso fue algo que no pudieron evitar y fundieron toda sinceridad con un beso. ¿Perdonarse el uno al otro? ¿Para qué? Estaban juntos en esta miseria de vida.

Romeo se sentía miserable al saber sobre los encuentros rojos de su enamorada, mas, esta había escuchado atenta y con tristeza los abusos mentales y físicos que él había sufrido. Ambos podían soportar la crueldad y mantenerse aislados del deseo del suicidio, pero...

—¿Nuestro amor será para siempre? —Preguntó Julieta de forma tal que la paz se rompió como si se tratara de un vaso que hasta entonces estaba pendiendo de un hilo—. Romeo y Julieta terminó en desgracia... ¿No sería lógico que lo nuestro también?

—No lo sé... —Romeo bajó el rostro, mientras su mano jugaba con los cabellos de la muchacha, los finos y sedosos cabellos de la bella pelirroja.

—¿Y si...? —Titubeó, tomándole la mano, provocando que la mirase a los ojos—. ¿Y si lo immortalizamos?

—Inmor... ¿Eh? —Los ojos del muchacho se abrieron como platos, contemplando con sorpresa a su amada—. ¿Te refieres a convertirlo en tragedia? ¿Te refieres a... a... matarnos?

—S-sí —concluyó.

¿Por qué? ¿Por qué proponía eso? ¿Por qué? Tantos porqués habían surgido en la mente del joven que no pudo concentrarse y se quebró en lágrimas silenciosas. ¿Era, acaso, la única solución?

—Está bien... —Dijo al cabo de unos minutos.

Ambos se miraron y se sonrieron. Estaban locos, locos de remate. Ambos lo sabían, era de locos. ¿Suicidarse por amor? ¿Matarse para inmortalizar un amor? ¿Valía eso la pena? ¿Qué seguiría después de la muerte? ¿Qué sucedería con ellos? ¿Qué demonios pasaría al suceder todo eso? ¿Por qué tendrían que terminarlo todo? Aunque... él lo entendía, a su modo, y ella también lo entendía. Ambos lo entendían y estaban dispuestos a dar su vida por lo único que tenían de felicidad. ¿Para qué seguir viviendo si esa felicidad se esfumaría con el tiempo? ¿Por qué y para qué? Ya nada tenía sentido.

Como unos proscritos destinados a la cuerda, caminaron en silencio... y caminaron, y caminaron. Pronto, con las vías del tren se toparon. Se tomaron de las manos y, casi como unos autómatas programados, actuaron.

—*Julieta* —tronó con voz fuerte y desesperada—, *¿por qué estás aún tan hermosa? ¿Será que el descarnado monstruo te ofrece sus amores y te quiere para su dama? Para impedirlo, dormiré contigo en esta sombría gruta de la noche, en compañía de esos gusanos, que son hoy tus únicas doncellas.* —Concluyó, con lágrimas recorriendo su rostro y una sonrisa

que eliminaba sombra alguna de su vida.

*—Con veneno ha apresurado su muerte —Respondió Julieta—. ¡Cruel! —Le gritó—. No me dejó ni una gota que beber, pero besaré tus labios que quizá contienen algún resabio del veneno. Él me matará y me salvará. —Exclamó con un grito, riendo—. ¡Dulce hierro, descansa en mi corazón, mientras yo muero!*

Se abrazaron y se besaron, cuando un tren llegó. Un tren llegó y se los llevó. Ellos, sin remordimientos, se dejaron matar por ese monstruo de hierro que atravesó y despedazó literalmente sus cuerpos y corazones, mas no los destruyó. Lo último que pensaron fue en su amor, en su trágico amor. Como Romeo y Julieta se nombraron y como Romeo y Julieta terminaron, mientras la sangre corría roja por las vías del tren, tan roja como los bellos cabellos de la bella muchacha.